



Antanas Mockus, sin atajos

OLGA GARCÍA Periodista colombiana.

Así es Antanas Mockus, sin atajos, nadie puede pararlo. De rector de la Universidad Nacional de Colombia, saltó a la alcaldía de Bogotá, las veces que se propuso llegar ahí; lo consiguió dos, y por elección popular. Logró que la capital de un país en guerra se convirtiera en una ciudad modelo en el mundo. No hay límites para su inteligencia, su honestidad, su sensibilidad, su generosidad, su creatividad y así es para todo. Va de un lado a otro con naturalidad, desparrajado: de la matemática y la estadística a la filosofía y el teatro. Así iba y venía también en la ciudad, durante su administración; los bogotanos lo vieron en un solo día viajar en taxi, en bicicleta, en camión y en helicóptero. Sin embargo, el momento que quedó en la memoria de todos los colombianos fue el de su boda con Adriana Córdoba: se casó en un circo, llegó en elefante y la ceremonia fue oficiada por un sacerdote y un rabino, ah, y su argolla es una banda de moebius.

En Mockus caben también la prudencia, los asomos de timidez y la apuesta por los placeres moderados. Para él no hay utopías: cree en la gente. Resultó ser un administrador metódico, y si sigo su juego de palabras un profeta: “el que hace por un peso lo que cualquiera hace por diez”. De sus labios las palabras salen ya aquilatadas, como venidas de un pensamiento maduro. Ahora, este hombre de 52 años busca la presidencia de Colombia, es candidato para las elecciones de 2006, no tiene partido, tampoco lo tuvo cuando se lanzó a la alcaldía de Bogotá, pero alguien así ¿lo necesita?

De lo que se hizo en Bogotá ¿qué podría servir en México? Mejorar la relación ciudadanía-policía, la reforma policial y los desarrollos que tuvo. Durante un mes, 3 600 uniformados asistieron a las universidades de elite de Bogotá, de tiempo completo, a estudiar no sólo derecho policial, sino también creatividad, derechos humanos, etc. Otra situación que benefició la ciudad es que las investigaciones sobre homicidios empezaron a ser realizadas por un estamento independiente del gobierno. Conviene que la política pública tenga monitoreo externo. En Bogotá se

estableció un programa de seguimiento conducido por la Cámara de Comercio, el periódico *El Tiempo* y la Fundación Corona, en el que se obliga a entregar, cada tres meses, indicadores de Cómo Vamos. Ellos financian su encuesta y presentan una comparación de cifras trimestral. La rendición de cuentas impulsada por el sector privado permite tener un control objetivo. Por ejemplo, en Bogotá, el tema de seguridad pasó a ser visto como un asunto estadístico, no se centró la atención en casos escandalosos. Si la tendencia es la reducción del crimen, se le comunica tranquilidad a la ciudadanía, no se mira de la seguridad el lado anecdótico y hay un seguimiento más técnico.

Sinceramente, me gustan las cosas que hace López Obrador y sería muy bueno que educara a la ciudadanía diciéndoles: “la calidad de vida se puede aumentar si hay más esfuerzo tributario”; a veces, los gobernantes le dejan eso al secretario de Hacienda o le queda la cuenta a los siguientes gobernantes. Eso no está bien. Parte de mis orgullos es haber entregado a Bogotá, en mis dos administraciones, con buenas finanzas. Mi antecesor, Jaime Castro, también hizo un gran esfuerzo en ese sentido. Si prima la sensatez fiscal, las mejoras de la ciudad son sostenibles si no, la gente recordará un alcalde excepcional pero luego habrá muchos reproches. El manejo fiscal de esta ciudad puede servir de ejemplo de seriedad y estar sujeto a crédito internacional. El costo de las obras se proyectaba no sólo a tres o cuatro años de gobierno, sino hasta a diez, así hay mayor claridad de qué se puede o no hacer y dónde aplicar los esfuerzos extras para alcanzar las metas.

El gobernador del Distrito Federal acaba de renunciar a su cargo para lanzarse como candidato a la presidencia. En su momento usted hizo lo mismo para aspirar a la vicepresidencia en Colombia. ¿Cuál es su opinión sobre la administración de López Obrador, a quien califican de populista, una expresión que como usted dice, sirve para ahorrar pensamiento?

Conocí a López Obrador en una feria del libro donde la invitada especial era la ciudad de Bogotá. Ahí



conversamos un poco sobre sus programas y sobre el tema fiscal. La mejor respuesta a la acusación de populista que puede tener un dirigente es mostrar las cuentas, las fuentes y cómo están financiados los programas que realiza. Le conté cómo en Bogotá pasamos de 200 millones de dólares de recaudo anual, en 1990, a poco más de 800 en 2003. Creo que cada vez que la sociedad se encariña con un dirigente hay un proceso muy interesante donde juegan emociones, razones e intereses. Aprecio mucho cuando un gobernante “utiliza” bien –si cabe la expresión– el afecto que genera para hacer reformas difíciles de aceptar. Entonces a mayor cariño hacia el líder, más deber de hacer lo que la razón ordena aunque se toquen intereses puntuales. Bogotá ha transitado un camino impresionante en ese sentido y hay confianza en el gobierno local.

Uno de los problemas más graves en México es la inseguridad, igual que en algún momento lo fue en Bogotá.

Hay varias cosas que vale la pena comprender. El Estado sólo puede verse a gatas para limitar la violencia, la delincuencia y la misma economía ilegal. En efecto, las medidas del gobierno deben ser efectivas y también son válidas las demandas ciudadanas en ese sentido, pero las acciones especializadas del cuerpo de seguridad, tienen distintos niveles de impacto según sea la actuación de la gente: si se dedica a mirar los toros desde la barrera las medidas tendrán resultados limitados. Pero si se compromete, ayuda a las autoridades y ejerce una actividad disuasora, el panorama cambia.

Las personas que incurren en delitos tienen anestesiada su capacidad de reflexión moral, en parte, porque su entorno inmediato acepta sus logros, sus beneficios y no miran la base sobre la cual están dados. En Colombia había un dicho absolutamente horrible: le decía la mamá al hijo, “mijo consiga plata honrada y si no consiga plata”. Esa actitud no debe aceptarse, y es una lucha familia por familia, manzana por manzana, colonia por colonia. El drama terrible es cuando alguien dice “yo por mi familia hago lo que sea” y se embarca en robos, en secuestros, etc. El mundo actual es muy consumista y la gente quiere que su familia también consuma. En parte, el progreso económico en vez de volvernos más libres nos vuelve más esclavos.

Desde la antigüedad hay una linda idea: la mejor forma de ser libre frente a las necesidades es no tenerlas, reducirlas al mínimo, la otra opción es correr todo el tiempo detrás de ellas.

México tiene, entre otras maravillas, su nacionalismo y su riqueza cultural, con la combinación de estos dos elementos se puede construir una identidad positiva contundente, competir en el mercado internacional; pero no sólo eso, sentir un dolor enorme cada vez que un mexicano mate a otro mexicano, porque ese mismo acto ofende a la nación. Nuestras sociedades pasan por una época de gran riesgo, y si no tenemos bases educativas sólidas vamos a tener cárceles llenas de presos y seguiremos invirtiendo en policías, en jueces, en fiscales, y creo que no deberíamos pasar por ahí. Se necesita una enorme claridad de las tensiones entre economía y cultura, y conseguir que la cultura se convierta en una fuerza que nos proteja de los excesos de los incentivos económicos.

¿Cómo ve el fenómeno de los linchamientos que se ha venido dando en México?

El linchamiento tiene dos caras: la comunidad se desespera y piensa que el asunto es también tarea suya. No hay que esperar a que la maldad prospere y lleve a cosas que provoquen este tipo de reacción, contraria al ordenamiento jurídico-democrático; donde es clave que no haya venganza, que un juez examine friamente las pruebas y escuche los descargos. Ahí hay toda una ganancia histórica, humana; en los linchamientos, definitivamente no.

Es cierto que venimos de un universo en el cual el “no robarás” estaba anclado en dos terrores: al infierno y a la cárcel. Ahora con más educación, tenemos que aprender a no robar por razones más positivas, menos por miedo y más por admiración a la regla misma, por consideración y respeto al otro. El contenido del concepto ha variado mucho, las viejas razones se debilitan, incluso hay que reconocer que el delincuente también tiene conciencia y que puede darse cuenta de su propio conflicto.

Cuando empezó, su programa de gobierno parecía muy optimista; sin embargo, los cambios arraigaron en la ciudadanía.

El proceso que usted describe en algunos libros lo llaman acción colectiva. Si de 100 desconfiados, dos o tres están en la posición contraria –y corren riesgo de ser abusadas– ya aportan algo de confianza al colectivo. Imagínese lo que vale para una sociedad saber que algunos de sus miembros son honrados. Hay otro grupo que dice: cuando vea que la mayoría de la gente confía yo me sumo. Creo que Bogotá se movió en esa dirección, no sabíamos cuántos se iban a subir al bus de la confianza y funcionó como una bola



de nieve, se creó otro imaginario, ahora la gente dice “los bogotanos no son tramposos”. Logramos desencadenar esas acciones confiables también en el ahorro de agua, en el desarme y en la tributación voluntaria. Mucha gente no entregó las armas pero las portó menos, otros no pagaron el 10% más de impuesto, pero los demás pagaron cumplidamente.

En las políticas de seguridad y de anticorrupción se hace énfasis en la multa o en la cárcel, sería más efectivo enfatizar en la culpa, el rechazo social y aún más, en el placer del reconocimiento social, incluso, en el gusto de cumplir con la constitución, lograr que el patriotismo tenga contenido. Me siento orgulloso de que nuestras leyes no permitan la pena de muerte. Uno no necesita ser abogado para darse cuenta que los grandes ideales de una sociedad se resumen en su Constitución.

¿Está preparado para llevar al pueblo a la tierra prometida?
Una de las ideas centrales es que uno hace parte de un proceso colectivo. Siento que tuve la suerte de conocer ciertos resultados de la investigación, tengo algunas pistas claves, pero son pistas que están en las bibliotecas. Si me atreviera a desarrollar esa comparación, diría: nuestra ley escrita son las constituciones. En 1991 la sociedad colombiana se dijo a sí misma cómo quería ser. Pintó su propia tierra prometida, con sus pinceles, con su lenguaje. Ahí, yo fui más un testigo y un beneficiario de los métodos con que se preparó la constituyente. Asistí a varias comisiones y como trabajaba en la educación pública, solía abogar por ella, pero muy elementalmente, como los otros lo hacían por la educación privada, cada uno jalando el mantel para su lado.

Pero aprendí que las metodologías permiten que uno supere ese estadio tan elemental de defender sus propios intereses y me interesó una definición más global. El liderazgo lo ubico en un contexto pedagógico, y mi invitación a la gente es: ser zanahorios. No sé como se traduce eso a mexicano, no es ser fresas, es más bien ser autorregulado, moderado en sus placeres, en sus gustos, en sus deseos y respetuoso del otro.

Parte de nuestra riqueza es el pasado religioso y en el caso de México se suma también su historia indígena. Somos indígenas aunque genéticamente no lo parezcamos, católicos aunque no vayamos a misa. Hoy creemos que tenemos más libertad para escoger prácticas, ritos, y practicamos una religión a la medida de las necesidades personales, pero eso no nos quita el carácter de herederos, a veces bastante cie-

gos, de tradiciones, aún en medio de ese supermercado un poco individualista de creencias.

¿Qué va a hacer para sacar a las FARC de ese anquilosamiento ideológico?

Me lo he preguntado varias veces. En algún momento me tracé el siguiente esquema: intento verlos como creo que ellos nos ven a nosotros, aunque puedo estar prejuizando. Los veo presos de unas estructuras. Ellos pensarán: Antanas es un tipo, si son preciosos, de familia pequeño-burguesa, ligada al sistema educativo, del sector público, en síntesis, un esclavo del capitalismo. Y yo los percibo esclavos de una economía ilegal, que en el pasado tuvieron ideales. Podemos jugar un juego de mutua naturalización, y cada uno es una catástrofe para el otro. Y las catástrofes ni siquiera provocan indignación, se manejan las consecuencias.

Ellos se quedaron fuera de la Constitución pero según mi lectura se les aplica la ley. Si insisten en hacer cosas que van contra la Constitución colombiana y contra el tratado de Roma, que es un primer acuerdo mundial sobre lo que definitivamente es inaceptable, entonces puede que terminen ante la Corte Penal Internacional (CPI). Mi ideal es que respondan algún día sentados ante un juez.

Un escenario más viable para un posible diálogo: suponer que algo queda de sus ideales, que ha habido una pifia en los métodos, que paradójicamente han sido efectivos en lo militar, y un desastre político porque perdieron la simpatía de la gente. Yo uso la cinta de Moebius para decir, desde una perspectiva global, estamos del mismo lado, pero localmente, estamos enfrentados.

En esa misma cinta de Moebius ¿están también los paras?

Sí, aunque coyunturalmente hay un riesgo. Cuando el Partido Comunista y las FARC, en los años 70 y 80, adoptaron la combinación de todas las formas de lucha, mi predicción fue: van a terminar generado lo mismo en los demás sectores. La mezcla de política con lucha armada abrió las puertas para que otros hicieran lo mismo. Parte del establecimiento (más el ganadero que el urbano) iba a adoptar para defenderse unas formas de defensa irregular, y la situación se agudizaría cuando se sumara el narcotráfico.

Cuando se dieron los primeros secuestros de parte de los grupos de izquierda contra narcotraficantes, no me pareció tan grave porque decía: “a estos no los castiga nadie”, por lo menos así los van a presionar, les van a hacer la vida más difícil. Luego descubrí



que la frase “los enemigos de mis enemigos son mis amigos” es lo peor para el Estado constitucional.

Las autoridades estamos también para proteger la vida de los criminales. Las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) han utilizado métodos terroristas, han actuado contra la población civil de una manera inaceptable, y ahora, para el futuro del país, es importante resolver el problema con ellos. El presidente se metió en una línea criticada internacionalmente por ser muy generosa. El debate más reciente se ha centrado en querer ver el lado optimista y no el pesimista, y Colombia puede estar repitiendo la situación de 1991. La no extradición, en 1991, fue presionada y ese es el lado oscuro. Pero también podemos suponer que la gente que participó en la constituyente, no por miedo al terrorismo sino por argumentación, dijo: “valdría la pena que estas personas fueran juzgadas por la justicia colombiana”. Ahí hubiéramos debido pactar socialmente, que nos levantaríamos como uno solo contra cualquier acto que tocara a un fiscal, o a un juez. No se trataba de ser juzgado por la justicia del país para después ponerse de ruana, eso fue vil craso oportunismo, algo de eso puede pasar ahora. He dicho, en varias ocasiones, que no existe un mecanismo legal fácil; he propuesto que si los paras no quieren ir a la cárcel yo voy algunas semanas por ellos, y no por generosidad o comprensión, que algo de eso puede haber, sino para ganar autoridad moral para decirles, “señores, creímos en ustedes y ahora les exigimos consistencia”. La opinión internacional considera una pesadilla este proceso, argumentan que algunos paras resuelven su situación frente a la extradición, otros su situación económica. Honestamente creo que ese dilema no está resuelto. Dentro de las AUC debe haber oportunistas y otros tratando de hacerlo en serio. El gran reto es cómo blindar a la sociedad para que no se repita lo de 1991.

Los paramilitares entendieron los riesgos de la Corte Penal Internacional mucho más rápido que las FARC y reaccionaron más ligero. Las FARC parecerían no pensar en esos escenarios. El derecho internacional ha avanzado, antes era verdad: la historia la estudia el vencedor. Ahora es distinto, hoy alguien puede ganar una guerra justa y puede verse abocado a un juicio por la Corte. Se puede reclamar como víctima pero eso no lo excusa de ser perpetrador, y le toca también rendir cuentas. Lo otro es la flexibilidad lingüística: las FARC dicen que no hay secuestro, hay retención pero el tratado de Roma no está escrito en esos términos, establece qué derecho se afectó, con

qué tipo de método, si se hizo dentro de una política deliberada y estable en el tiempo, condiciones todas que cumplen las FARC.

Entonces la CPI de alguna manera está presionando a estos grupos irregulares.

La Corte no nos resuelve el asunto, es una señal de que cada vez el problema va a tener menos impunidad a bordo y busca proteger sobre todo a la población civil, el núcleo fuerte es el crimen de lesa humanidad. Cuando un grupo armado actúa contra la población civil y comete asesinatos y desapariciones, incurre en crímenes de lesa humanidad, esto modifica la estructura del conflicto. La regla que primó en los procesos de paz en el siglo XX fue firmar un perdón. Ahora, una investigación la puede solicitar el fiscal de la Corte, los parientes de las víctimas, o las víctimas mismas, y esta gente que firmó la paz y que por unos meses circula libremente en Colombia puede ser pedida en extradición. Es lo que pasó con Pinochet. El país podría tomar algunas precauciones pero de todos modos quedan frágiles, con una cuenta pendiente. Las AUC quisieran comprar un seguro para siempre que ya nadie les puede vender. Ahora bien, los países pueden salirse del tratado de Roma pero tienen que pedirlo con varios meses o años de anticipación y vale para los crímenes que sean cometidos después de la salida, no mientras está vigente. La extradición a EU tiene un saborcito distinto a la extradición a La Haya, en el primer caso es el país más poderoso del mundo el que juzga, el otro caso es la humanidad a través de los mecanismos pactados entre las naciones. Yo me quité el chaleco antibalas, con un hueco en forma de corazón, el día en que entró en vigencia la Corte Penal en Colombia, ahora siento otra protección, igual de parcial, de limitada. Cuando Pastrana iba a firmar el tratado de Roma, muchos académicos insistían en que se iba a convertir en un factor externo difícil de controlar y para algunos de nosotros nos parecía complejo, pero útil; de hecho eso pasó. Lo otro era continuar 30 o 40 años más en lo mismo. La entrada en escena de la CPI aceleró el proceso, mejor dicho, los colombianos resolvemos nuestros problemas o no los empiezan a resolver, y no necesariamente a través de la militarización sino por un camino más civilista, el de la justicia.

Usted, en su proyecto de gobierno habla de la fuerza de la fragilidad, ¿podría explicar ese concepto?

Las mujeres son un ejemplo muy claro de fuerza de



la fragilidad. Las estadísticas en Bogotá revelan que las mujeres matan diez veces menos que los hombres y mueren quince veces menos por homicidio. Son víctimas de violencia intrafamiliar pero ya en cuanto violencia homicida se protegen más. El paradigma extremo es Gandhi, su sabiduría fue voltear las reacciones violentas respondiendo al daño con autodaño, moviendo la palanca de las emociones colectivas.

La imagen del estudiante en la plaza de Tienanmen en China, Pekín, parado frente al tanque, su fragilidad no logra protegerlo pero la imagen recorrió el mundo, y se sabe que ese régimen pagará un costo histórico enorme.

La fuerza de la fragilidad es también la fuerza de la inocencia, el amarrarse las manos. La fragilidad obliga a desarrollar más el lenguaje, los significados, invita a trasladar el tema a otro terreno, al de la argumentación.

¿Cómo la utilizaría usted en su gobierno?

Ilustrarlo haría que perdiera fuerza. Si lo anuncio, el otro puede empezar a meter en sus cálculos mi reacción y puedo amarrarme las manos innecesariamente, en una fase temprana.

Se me ocurre invitar a Tirofijo (jefe de las FARC) y a Mancuso (líder de las AUC) a tener mecanismos de mutua destrucción instantánea. Un poco lo que pasó con la humanidad y con la escalada nuclear, es decir, la gente se convenció de que la posibilidad de la destrucción mutua era tan clara que tocaba desescalarla.

Un ejemplo de lo que hubiera podido ser la fuerza de la fragilidad es cuando Horacio Serpa se moviliza al Caguán, a la zona de despeje y las FARC lo paran y hay algunos disparos. En ese momento hubiéramos debido actuar, citar gente de los festivales, de los carnavales, del folclore, y hacer una marcha. Retomar el tema, porque violaba flagrantemente los acuerdos que habían firmado con Pastrana, era una zona a donde podía ir cualquier colombiano, y había que respetar eso, hacerlo respetar por la vía de la fuerza de la fragilidad y demostrarles que esa situación no se jugaba en el terreno de las armas, ponerles muy claro la diferencia entre la legitimidad y la buena fe vs la fuerza.

¿Qué debe tener un hombre de Estado en la cabeza y en el corazón?

Hay una disposición afectiva, emocional y la conciencia de haber comprendido algunas cosas claves. Cuando hablo de ajustar reglas formales e informales, creo que estoy apuntando al meollo de la problemática económica y política de esta sociedad. Nuestras reglas formales son muy buenas, nuestra Constitución, nuestras leyes son admiradas, pero están divorciadas de las reglas informales. Hay certeza en la identificación del problema central, hay entusiasmo con los métodos, que son innovadores aunque a veces resulten estériles, pero hace parte de los riesgos. Cuando era rector de la Universidad Nacional a veces me preguntaba si sería justo que estuviera en ese cargo, lo mismo cuando pasé por la alcaldía de Bogotá. Creo que si uno no está amarrado por acuerdos extraños se pueden tener equipos muy

Contigo es posible

Tú eres el elegido para acabar con la corrupción en el gobierno, desde tu computadora.

Para hacer más transparente al gobierno, la administración del Presidente Fox desarrolló el portal ciudadano **www.gob.mx**, una herramienta que impulsa la eficiencia, la transparencia y la calidad en la administración pública. En este portal puedes encontrar más de 1,000 trámites y servicios electrónicos. Utilízalos.

MINISTERIO DE LA FUNCIÓN PÚBLICA

COMISIÓN NACIONAL DEL FUNCIONARIO PÚBLICO

Por un Gobierno que funcione como todos queremos.
www.funcionpublica.gob.mx



buenos con la garantía de la meritocracia. Los partidos tienen la tranquilidad de que no hay una actitud excluyente, es una construcción colectiva.

Como gobernante, ¿cuál es el sentimiento en el que más vive?

La gratitud y la admiración moral. Cuando empecé a sacar a la gente de la calle del Cartucho –más de 130 familias adictas a la droga por más de dos generaciones–, no me imaginé que a un año de haber estado en tratamiento me los iba a encontrar con su cuaderno manual de convivencia, su fotografía, su proyecto económico y su plata ahorrada en el banco. Esa escena resume un principio que en parte es el fundador del Estado de derecho: no hay pena de muerte, todos tenemos remedio. Recuerdo también la niña de tres años que le pide a mamá que la lleve a conocer al alcalde el día de su cumpleaños y su madre me cuenta: “cuando le voy a pegar, levanta el teléfono y dice, voy a llamar al alcalde”. Ser factor de protección para una niña, a miles de metros de distancia, sólo porque me había visto en la campaña contra la pólvora, ni siquiera frente al castigo físico, fue algo muy lindo. La gente me ha dado lecciones cariñosas. Se encuentran dos seres humanos y se ayudan a esculpir; es como la humanidad dedicada a pulirse, a mejorarse a sí misma.

¿Cómo ve al gobierno de Uribe?

Lo primero es reconocer que desde fuera se juzga con información muy parcial. Destacaría la actitud de retomar las cosas, la mano firme, en parte como resultado de lo que había pasado en el gobierno de Pastrana, era inevitable que la cosecha viniera en dirección contraria. También hubo momentos de distanciamiento del presidente frente a ciertas prácticas políticas tradicionales, que comparto, pero hubo otros momentos en que hizo muchas concesiones a la clase política tradicional. Frente al Congreso hay bandazos muy fuertes, es como si hubiera descubierto que no puede gobernar sino muy, muy de la mano de los congresistas y eso abre las puertas para que retornen ciertas prácticas. Creo en la democracia deliberativa en donde la gente vota en función de los argumentos, no me gustan los cambios de posición porque aprobaron un proyecto para su municipio o nombraron a alguien de su gente en un cargo, situaciones muy difíciles de probar jurídicamente. Estamos ante un caso de reglas formales claras, y reglas informales que siguen tolerando

ambigüedad. También hay cierto apoderamiento personal de los temas, por encima de los ministros como ejecutores de la voluntad presidencial, eso tiene su lado atractivo: ser un presidente al que le duelen las cosas, pero al mismo tiempo hay una desinstitucionalización.

Hay un apersonamiento del tema de seguridad que en términos generales es positivo, aunque he estado en desacuerdo con el tema de las recompensas a informantes. Es deber ciudadano dar información. Es distinto ofrecer un programa de protección a testigos, entender la situación de riesgo en que quedan, pero no dar plata por información.

En México, con la situación del narcotráfico, la inseguridad se habla de un proceso de colombianización.

El uso de ese neologismo muestra la existencia de un estigma y obviamente muchos colombianos nos rebelamos contra esa generalización. Colombianización también podría significar la capacidad de mucha gente de mantenerse honrada, de responder pacífica, objetivamente, con creatividad. Pero con esa palabra se intenta describir el deterioro que sufrió Colombia a finales de los 70, sobre todo en los 80. En parte, podría decirse que la sociedad colombiana ha padecido enfermedades extremas y de alguna forma nos estamos curando de ellas, el país ha mejorado en varios aspectos, ya se podría hablar de colombianización en ese sentido. En nuestras sociedades hay elementos adyacentes, comunes, pero eso no tiene que ver con contagio. Ambos países muestran lo costoso que es la cultura del atajo, el modelo atajista puede aguantar 30, 50 años, pero incuba problemas muy serios. Colombia como México tenían un sistema de control social basado en jerarquías, tomadas muy en serio, alguna gente se sentía sustancialmente mejor que otra, había un discurso que aplastaba la gente más humilde, la negaba, la excluía, la invisibilizaba. Frente a eso se dio la revolución de derechos humanos, y la regulación cultural vertical colapsó sin que se hubiera construido suficientemente el sentido de ciudadanía. Sería mejor ver a colombianos y mexicanos en países desarrollados. Nuestros migrantes son muy juiciosos y entienden que allá se juega dentro de las reglas, sin atajos. El reto es cómo construir la señal de que en nuestros países, sin atajos, también nos iría mejor. Estamos en una transición, de regulación social y cultural basada en jerarquías sin discriminaciones, más horizontal.